

EL ÁNGEL DE SALAMONE <http://www.loop.com.ar/nota/Salamone>

Nota 8

Por Mariana Enriquez\*

Es invierno en Azul, pero el sol brilla y los arquitectos, los fans y los aficionados de Francisco Salamone andan correteando entre el Teatro Español, el hotel y los bares. Son las primeras Jornadas Salamone y, claro, se hacen en esta ciudad, donde el arquitecto dejó la más desmesurada de sus obras: una portada de veintidós metros de altura para el cementerio.

El cuerpo central tiene las letras RIP en gigantes placas de mármol negro y, delante, el brutal ángel de hormigón, su escultura más famosa, obra maestra del art déco y presencia maldita. En Azul la llaman «El Ángel Exterminador» o «El Ángel Venga dor». Dicen que, cuando Salamone se la presentó al intendente, en los años '30, el pobre funcionario murmuró que parecía algo maligno, una obra del Demonio.

Eso parece.

En cualquier caso, el Ángel no da ninguna idea tranquilizadora sobre la muerte, no es una imagen de alivio ni de pasaje, sino un juez severo, como una deidad egipcia dispuesta a arrancar y pesar un corazón. La escultura es enorme y cambia según la luz del sol: sus alas facetadas, sus ángulos, producen sombras que dan una ilusión de metamorfosis. Aparece tan de repente, además, al doblar la esquina en esta ciudad de casas bajas, muchas lujosas, en plena rica pampa húmeda. Es una aparición inesperada que no tiene nada que ver con el barrio, que no se anuncia, que parece depositada ahí, abandonada, como un artefacto de otro mundo.

La madre de mi amiga Maio vive cerca. Hasta su patio llegan las luces del pórtico cuando, por algún motivo, lo iluminan. Ella se queda mirando junto a nosotros y recuerda a su marido.

—Él siempre decía que las siglas no eran de *requiescat in pace*. Que en realidad significan «resulta imposible pagarlo». Parece que fue carísimo hacerlo.

Eso no lo sé. Lo que está claro es que este Ángel, como toda la arquitectura de Salamone, tiene una minoría intensa de fans y una mayoría de habitantes que conviven con la obra, acostumbrados, pero, sobre todo, resignados. En estas jornadas están todos: los disidentes, los indignados, los amantes.

Se cumplen cincuenta años de la muerte del arquitecto ítaloargentino. En cuarenta meses hizo entre sesenta y noventa obras, el número no es claro. También diseñó algunas casas, pero las moles, sus creaciones desorbitadas, son municipalidades, mataderos y cementerios. Y las hizo a pedido del gobernador Manuel Fresco, un fascista, en el contexto del plan de obras

públicas provincial. ¿Salamone también era fascista? No hay información: no dejó nada escrito, su archivo se perdió.

En 2001, la Provincia de Buenos Aires declaró su obra Patrimonio Cultural. El arquitecto Alejandro Carrafi, que participó en las jornadas con una ponencia, me dice:

Toda la obra era considerada espantosa y atada a un proyecto político. Yo soy de Coronel Pringles. De chico, en mi casa no se iba a la plaza de Pringles porque se la consideraba horrible. La obra fue muy malquerida, la gente no la quería, la consideraba una impronta compleja, difícil de entender.

El mensaje de la modernidad siempre fue difícil. Su ideario arquitectónico coincide con los conservadores de Fresco. No fue una obra fascista, sino una obra monumental que fue usada como un discurso político. El lenguaje de Salamone es clásico, pero con un idioma vanguardista. La sintaxis es la misma, pero habla otro idioma, el de la abstracción.

Durante años, chicos de esos pueblos donde había obras de Salamone, que viajaban a La Plata o Capital para estudiar, les decían a amigos que cursaban arquitectura: «Tenés que venir para ver las cosas raras que hay en la plaza del lugar donde nació». Aunque Salamone es mucho más visible de lo que era hasta hace veinte años, todavía es casi secreto comparado con, por ejemplo, Oscar Niemeyer. Sí, se dirá, Oscar Niemeyer es más importante en todo sentido. Es verdad, pero este hombre es más raro.

Hay algo de magia negra en sus torres de la llanura, sus mataderos con puntas de cuchillo. Convertir a pueblos de 10 mil habitantes en ciudades góticas. Mariano Llinás, cineasta, fan del arquitecto, decía: «Cuando vi el Ángel, no lo podía creer. Nunca había visto una cosa similar. Eso era la locura, era el infierno que había emergido a la superficie y había abierto una sucursal en la Tierra».

Hay otros que ven un tipo de infierno distinto. Por ejemplo, el artista Pino Giménez, de Azul, decía frente a un micrófono en la plaza de las baldosas que marean:

Vemos ideología fascista en las obras. El Ángel Exterminador significa la rectitud de la época. El cuerpo del ángel no corresponde a una figura humana: nos despierta la idea de que, desplegando las alas, estaría replicando el discurso que Fresco dio en Tornquist con banderas del Reich. No entendemos por qué un país en democracia se encarga de reivindicar errores de la historia. No sé por qué resaltamos la obra de alguien que preferiríamos que quedase en la memoria. Como artistas nos planteamos esta cuestión porque los artistas no pueden estar despegados de la política y la ideología. Salamone es imagen del pensamiento de Fresco.

Otro chico, que está en las jornadas simplemente por curioso, dice que el matadero de Salamone a la entrada de Azul le hace recordar a una cabeza de indio. «Me hace acordar de los asesinatos de aborígenes, de Catriel... Como si estos monumentos fueran un himno triunfante del exterminio».

Es, claro, un poco exagerado. También es exagerada la obsesión de un historiador que tiene inventariados 282 muebles diseñados por Salamone y sabe desde qué distancia se empiezan a avistar el Cristo del cementerio de Laprida (quince kilómetros) y la portada del cementerio de Saldungaray (diez kilómetros).

El Cristo del cementerio de Laprida está sobre una cruz de 33 metros y para llegar hay que caminar cinco cuadras por una avenida con árboles a ambos lados. La entrada es una especie de triángulo cónico. Es absolutamente demencial su tamaño, su propósito y su proporción.

La portada del cementerio de Saldungaray, un pueblo pequeño dentro del partido de Tornquist, es tenebrosa: una enorme cruz de cemento sobre un círculo también de cemento con fondo de mosaicos azules y, sobre la cruz, apenas la cabeza del Cristo, una cabeza colgada o que emerge de ese viejo instrumento de tortura. Le dicen «El Cristo de la Rueda».

¿Por qué no hizo más cementerios? ¿Por qué estos tres y, en los demás, sólo una cruz? ¿No tuvo tiempo?

Alguien me dice, en las jornadas de Azul, que no puedo dejar este mundo sin ver un atardecer junto a esa cabeza de Cristo en Saldungaray, que tiene los ángulos rectos de la cara crispados en una expresión atroz de dolor.

\*Mariana Enriquez nació en 1973 en Buenos Aires. Es licenciada en Periodismo y Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata, trabaja como subeditora del suplemento Radar del diario Página/12 y es docente de la Especialización en Periodismo Cultural de la UNLP. Publicó las novelas Bajar es lo peor (Espasa Calpe, 1995 y Galerna, 2013) y Cómo desaparecer completamente (Emecé, 2004), la colección de cuentos Los peligros de fumar en la cama (Emecé, 2009), la nouvelle Chicos que vuelven (Eduvim, 2010) y el perfil La hermana menor: un retrato de Silvina Ocampo (Ediciones UDP, Chile).

\*\* «El ángel de Salamone» es uno de los relatos de viaje que conforman el libro Alguien camina sobre tu tumba: mis viajes a cementerios, publicado por Galerna en 2013.

